

LA CASITA



Una tarde de septiembre me senté a la puerta de la casita blanca que estaba en mi arrozal. Me llevaba la intención de adquirirla de su dueña la vieja Isabel, y como ésta aún no había llegado, me dispuse a esperarla.

El lejano e inmenso Japón no debe ser muy diferente a aquel pequeño trozo de tierra valenciana. Encajonado en un barranco que lo limita, el arrozal era paisaje de sí mismo, aunque tan reducido que casi se podría tener en la mano, como un abanico.

El cielo era como de seda, con una franja de fuego en Poniente y al fondo; frente a mis ojos aparecía un tupido cañaveral de bambúes. En el aire planeaban unos pájaros acuáticos de grandes alas, como buscando un biombo, y se veían algunos hombres descalzos, trabajando con grandes sombreros de paja. Llegaba desde algún camino oculto un rumor de cascabeles como música de pagoda.

Ante aquel paisaje era preciso callar, entornar los ojos y sonreír, de forma que el tiempo y las cosas se hiciesen oblicuos.

Aquel trozo de arrozal de mi propiedad por reciente herencia era tan pequeño—vuelvo a decir—, que estoy seguro que si disparase al vuelo sobre un pato salvaje, levantado en medio de mi predio, caería muerto ya en tierra extraña.

La casita blanca, como dije, no era mía, y aunque parezca rara la existencia de una casita en la huerta en propiedad ajena, la explicación es sencilla: Antes de que apareciesen las modernas trilladoras mecánicas, donde se concentra el grano de muchos kilómetros a la redonda, existían eras diseminadas a trecho conveniente y acompañadas por sus minúsculas casas.

Los dueños de estas eras las arrendaban para la tarea de la trilla, ejerciendo de esta forma un modesto comercio lleno de humildad y de alegres canciones.

La antigua era correspondiente a esta casita blanca había desaparecido por inútil y su terreno fué vendido a mis parientes y convertido al fin en tierra cultivada. Pero la casita no fué vendida y permanecía allí. Ahora, sin más asiento propio que unos escasos metros a su alrededor. La diminuta construcción aparecía blanca y ceñida por flores y algunas

otras plantas de esas que sólo suelen cultivarse en proporción suficiente a la economía agrícola, por modesta que sea. ¿Qué utilidad podían reportar unas cañas de maíz o unas matas de habas y de alfalfa y unas pocas hortalizas?

El alma se sentía extrañamente ganada por aquella miniatura de propiedad de inconcebible existencia.

Yo no conocía, o al menos no recordaba, a la vieja Isabel, propietaria de la casa por herencia de su marido. Me habían informado de que ella vivía en el pueblo con su único hijo casado, ya muy entrado en años, y me habían sugerido que ella aceptaría gustosa la venta de la minúscula casa. ¿A quién, sino a mí, podría interesar semejante finca, tan poéticamente inútil? Era, ni más ni menos, como esas casitas que dibujan con éxito todos los niños del mundo, con un rizo de humo sobre la chimenea.

Verdad es que mis visitas al arrozal serían raras. ¿Para qué? De antemano sabía que cada año me demostrarían que la renta se había malogrado por la mala cosecha, por el bajo precio del arroz, por la carestía de los jornales o por el aumento de las contribuciones. Hasta era posible que un día, desde la ciudad, me decidiese a vender la tierra para salir de algún apuro o para satisfacer algún capricho. Tal vez con el tiempo el predio, que era todo un paisaje, se transformase—como por la magia de un juego japonés—en un montón de libros, en algunos cientos de kilómetros de paisaje desconocido para mis ojos de viajero o en algún cuadro que representase una naturaleza artificial o por lo menos ajena a la tradición de mi vida. Pero...

De momento me ganaba la ilusión poética de poseer aquella casita tan limpia y tan humilde y tan simpática y tan inútil. Hasta me razonaba el capricho de esta forma: «Podré descansar a su sombra, y guardar aquí los aperos de labranza y hasta me servirá para apostarme con la escopeta para tirar a los patos en sus constantes viajes de ida y vuelta a la Albufera.»

Al fin llegó la vieja Isabel en su pequeño carro entoldado tirado por un burrillo. Se apeó con una agilidad y una gracia increíbles para sus años y vino hacia mí sinceramente alegre y conmovida por la sorpresa de mi visita. Antes de hablar arrancó una flor de sus escasas flores y la prendió en mi ojal, ladeando la cabeza y sonriendo con una coquetería inocente y señorial de gran dama en su salón. Yo la miré largo rato con mis ojos asombrados y entornados, con mis ojos japoneses para el milagro de su graciosa aparición. Después...

La vieja Isabel me ofreció agua de su mágico botijo que la endulzaba y tomó asiento junto a mí, rogándome que le hablase. Yo confieso que estaba conmovido ante aquella mujer, cuya voz era para mi corazón como el despertar de una música que ha dormido largo tiempo.

Como yo callase, ella comenzó tiernamente a reprocharme mi ausencia de aquellos lugares y fué devolviéndome, por su evocación, el tiempo pasado y perdido como si ella lo hubiese guardado solícitamente en su pequeña y blanca casita, para entregármelo a mi regreso. Por ella, el tiempo retrocedió para mostrarse otra vez tal como fué, con todas sus minúsculas cosas, sus más insignificantes gestos y sus más perdidos detalles. Retrocedió el tiempo, o mejor retrocedí yo dentro de él, hasta ese lugar donde el tiempo es extático y en donde sus pliegues lo conservan todo con carácter eterno.

—En la época de las trillas—dice la vieja Isabel—traían al señorito sus tíos aquí y usted, rendido de jugar y de cantar, se empeñaba en dormir sobre el gran montón de paja bajo la luna grande, grande.

—Más grande que la misma casa—digo yo—, y además una luna japonesa más blanca y más fría que ninguna.

La vieja Isabel ríe feliz con mi ocurrencia y comienza a preguntarme con tierno interés por esta mi vida de hombre que ha corrido tanto mundo y del que cuentan tan diferentes cosas. Yo no sé qué contestar.

Hoy comprendo que nada de lo que he vivido tiene que ver conmigo.

Lo comprendo de un golpe, como si mi alma se reintegrase